

TEMPLO HERMANA TERESA

"¡Hazlo!"

22/11/2025



“¡Hazlo!”

Queridos hermanas y hermanos.

Hace unos días Carlos nos compartió esta frase:

No te justifiques, solo hazlo. No hay tiempo para porque, solo para hacer. ¡Sigamos!

En esta Ceremonia de hoy vamos a reflexionar con ustedes sobre este tema: No te justifiques, actúa.

Hay momentos en la vida en los que el alma se cansa de esperar, de planificar, de explicarse. Son esos instantes donde el alma, cansado de promesas y excusas, decide levantarse y simplemente hacer. Porque la verdad es una: quien dedica su tiempo a justificarse, se retrasa. Y quien actúa, avanza. No hay misterio en eso. La acción no necesita aplausos, solo voluntad.

“No te justifiques, solo hazlo.” Esa frase encierra una fuerza tremenda, casi como un latido que nos recuerda que la vida no se vive en el análisis interminable de los porqués, sino en el movimiento hacia los para qué.

El que actúa no siempre tiene todas las respuestas, pero tiene algo más poderoso: el impulso del alma que confía.

Cada vez que decimos “no puedo”, “no es el momento”, “no tengo las condiciones”, estamos levantando una muralla invisible frente a nuestro propio destino. Y esas murallas no las pone el mundo: las levantamos nosotros con ladrillos de miedo, inseguridad y justificación.

Nos justificamos porque tememos fallar. Nos justificamos porque queremos que todo sea perfecto antes de empezar. Nos justificamos porque preferimos la comodidad del pensamiento a la incomodidad del intento. Pero el tiempo no espera. Y la oportunidad, cuando no se toma, se aleja silenciosamente, buscando a quien sí se anime a moverse sin tanto porqué.

La vida no pide que todo esté claro antes de actuar. Pide que demos un paso. Uno. Y ese paso, aunque pequeño, tiene el poder de cambiarlo todo.

Actuar es el lenguaje de los valientes.

Los que actúan no siempre ganan, pero siempre aprenden.

Y en ese aprendizaje, incluso en los tropiezos, hay un crecimiento que ningún razonamiento puede ofrecer.

La acción es lo que transforma la intención en realidad. Es lo que convierte el sueño en obra, la palabra en huella, la Fe en experiencia viva. Sin acción, todo queda suspendido en el aire, como una promesa sin cumplir.

Cuántas veces habrás sentido dentro tuyo esa voz que te dice: “hacelo”. Y sin embargo, la callás con pensamientos, con excusas, con temores. Pero hay una verdad simple: la voz que te impulsa a actuar nunca se equivoca. Porque es la voz de tu alma, de tu propósito, de esa parte divina que sabe más que tu mente.

Actuar no siempre es hacer grandes cosas. A veces es tan simple como comenzar. Levantarte, moverte, decir lo que tenés que

decir, dar el paso que postergás. Lo pequeño, cuando nace del compromiso, se vuelve inmenso con el tiempo.

Decimos “no tengo tiempo”, pero el tiempo no se tiene: se usa.

Decimos “ya lo haré cuando pueda”, pero poder es decidir hacerlo ahora.

El tiempo es una ilusión que se escapa entre las manos del que espera. En cambio, el que actúa transforma el instante en eternidad.

Cada día que pasa sin actuar es un día que se pierde en la justificación. Pero cada acción, por mínima que parezca, deja una marca real en el mundo.

Por eso no hay tiempo para los porqués: hay tiempo para el hacer. El porqué pertenece al pasado, a lo que fue. El hacer pertenece al presente, al único momento donde la vida realmente ocurre.

La justificación es una forma sutil de miedo

Miedo a no ser suficiente.

Miedo a equivocarse.

Miedo al juicio de los demás.

Miedo al cambio.

Pero el miedo no se vence hablándole, sino caminando a través de él.

Cada paso que das en dirección a tu propósito disuelve un poco

más ese miedo que te ataba. No hay otro modo.

La acción es el antídoto del temor.

La justificación, en cambio, es su disfraz elegante. Nos hace creer que razonamos, cuando en realidad estamos postergando.

Nos hace sentir prudentes, cuando en realidad estamos deteniendo nuestro crecimiento.

Y lo curioso es que el miedo no desaparece antes de actuar; desaparece después. El movimiento lo vence. La quietud lo alimenta.

Desde la perspectiva de la Fe, actuar es confiar.

Confiar en que el paso que das tiene sentido, incluso si no ves el camino completo.

Confiar en que algo más grande te sostiene mientras te movés.

Confiar en que la vida no te pide perfección, sino presencia.

La Fe no discute, no analiza, no busca garantías: la Fe simplemente avanza.

Por eso, quien vive en Fe no necesita justificar su andar. Sabe que lo hace desde un propósito mayor.

La acción nacida de la Fe no necesita aplausos ni explicaciones, porque encuentra su recompensa en la paz interior que deja cada paso sincero.

Actuar con Fe es sembrar sin saber el clima que vendrá, pero confiando en que la semilla tiene fuerza suficiente para brotar.

Actuar no es imponerse al mundo, es dialogar con él.

No es demostrar fuerza, sino coherencia.

No es buscar reconocimiento, sino dejar huella con humildad.

El hacer sincero no busca brillar, sino servir. Porque toda acción que nace del alma tiene un propósito más alto que el ego.

Cuando actuamos desde la luz interior, todo se ordena a su debido tiempo.

Y aunque a veces parezca que el esfuerzo pasa desapercibido, la verdad es que ninguna acción se pierde. Todo gesto, por pequeño que sea, genera un cambio invisible que algún día florece.

Por eso, no busques justificarte ni explicar tus intenciones. Que tus hechos hablen por vos. Que tu constancia sea tu discurso. Que tu coherencia sea tu bandera.

Actuar sin alma es moverse sin sentido. Pero actuar con alma es transformar el mundo. No se trata de hacer por hacer, sino de hacer con intención, con entrega, con propósito.

Hacer con alma es poner el corazón en cada cosa, aunque sea pequeña. Es trabajar no solo con las manos, sino con el espíritu.

Es dejar que lo invisible —esa energía silenciosa de la Fe— impregne lo visible.

Cada acción hecha con alma vibra. Y esa vibración se expande, llega a otros, inspira, enciende. Así se contagian las grandes transformaciones: no con discursos, sino con ejemplos vivos.

Esperar el momento perfecto es como esperar que el viento sople

siempre a favor. No ocurre. El momento perfecto no existe: se construye mientras se avanza. Porque cada paso dado crea su propio escenario, y cada acto realizado abre una nueva puerta.

El que espera que todo esté listo antes de empezar, nunca empieza.

Pero el que empieza con lo que tiene, aunque sea poco, descubre que en el camino encontrará lo que le falta.

La Hermana Teresa nos dice hoy:

“No hay más tiempo para los “por qué no”.

Hay tiempo para el “ya”.

El mundo no necesita más discursos vacíos, necesita ejemplos vivos.

La Fe no necesita más palabras, necesita acción.

Sigan, sin justificarse, sin detenerse a explicar cada paso.

Sigan, porque el tiempo de actuar siempre es ahora.

Sigan, porque cada acción sincera acerca la luz un poco más.

Sigan, porque quien actúa transforma su entorno y, con ello, transforma su alma.

Y recuerden siempre:

No se justifiquen, solo hagan.

Porque el que actúa con Fe no busca garantías: las crea.

Y el que se mueve desde el alma no necesita tiempo: se vuelve uno con el momento.

La vida no se explica, se vive.

La Fe no se razona, se siente.

Y el propósito no se justifica: se cumple.”

Así que hermanos y hermanas, sí... sigamos. Con coraje, con convicción, con alma. Porque el mañana no es de los que esperan, sino de los que actúan.

Y cada paso que demos, aunque el mundo no lo vea, el Cielo lo celebra.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

